

Arte de entretiempo

Cristóbal Zapata

Si la pintura admite la enmienda, el remiendo o el palimpsesto en su ejecución; dada su impronta caligráfica, veloz, febril, la acuarela exige el dominio del pincel, el trazo rápido y certero que dibuja de un brochazo la luz y la sombra. No hay lugar para la tachadura o la corrección, todo acontece y se fija en el instante en que las cerdas iluminan el papel. Arte del vértigo y lo aleatorio, la acuarela participa del ímpetu de la *jam session*, donde la improvisación lleva la voz cantante.

Visiones oníricas, fantasías sexuales, transfiguraciones o desintegraciones de la naturaleza y de los objetos de su entorno –referencias que atisbamos entre los espejos y las veladuras–, el delicioso y diverso conjunto de tintas y acuarelas que ha realizado Cardoso a lo largo de su trayectoria fracturan aquel tempo lento y dilatado que demanda su obra mayor, para habitar el furor y la ebriedad que impone el acuoso flujo de la tinta. En medio de las largas travesías y sus grandes ciclos paisajísticos, en ese tiempo muerto que en argot deportivo se conoce como “entretiempo”, Cardoso explora otra motricidad, otra velocidad, otros universos; los territorios de su subjetividad.

A veces usados como dibujos preparatorios (bocetos), o integrados a sus pinturas a manera de *collages* (durante la época de los aerógrafos), la mayoría de estas obras son piezas autónomas, un mundo propio pleno de sugerencias que el espectador descubre y recompone.

Realizados para mantener despierta la mano, “para entrenar el instinto” –en palabras del artista–, estos ejercicios reiteran la pericia técnica de Cardoso, pero sobre todo hacen evidente –una vez más– la asombrosa acuidad de su mirada.